

de Lemerre, «el domicilio del Parnaso». Allí colaboró en *La Gazette rimée*, que publicaba Lemerre. Otro de los colaboradores era Verlaine, a quien después retrató France en el Choulette de *Le Lys rouge*. En aquella «Gaceta poética» se anuncia ya la emoción cívica de France. Sus composiciones *Denys de Syracuse* y *Les legions de Varus* eran, bajo el asunto clásico, poesías revolucionarias contra Napoleón... le petit. La musa política acabó con la revista, pues al sexto número la suprimió el editor, para ahorrarse disgustos.

Otra etapa de la vida literaria de France, también de asiduo trato con los libros, fué su período de crítico de *Le Temps*, donde sucedió a J. Claretie (1886-1891). De allí salieron los cuatro volúmenes de *La vie littéraire*, la mejor antología de crítica impresionista, a la vez que erudita. Las críticas de A. France son disertaciones de historia literaria. El libro de que trata es para él el punto de partida para un viaje o un paseo por las varias provincias de la literatura. El crítico superaba amenudo al autor de quien escribía, y muchas de las críticas de France sobrevivirán a los libros que eran su asunto o su pretexto. Son ensayos de estética, de moral, de historia literaria, que alcanzan la perfección de pequeñas obras maestras.

• •

Aunque la forma novelesca es la que prepondera en sus obras, muchas de sus novelas son ampliaciones del diálogo filosófico antiguo, adornado con los colores del espectáculo sensible y cuyos personajes adquieren una individuación viviente. No son, sin embargo, las de France, novelas cerebrales ni exclusivamente eruditas. Hay en ellas una visión intuitiva y una ternura que disputan el interés del lector al juego de las ideas. No son meros objetos de arte, sino, a la par, espectáculos de la vida, contemplados con emoción. Algunas como *Le Lis rouge*—la principal y más extensa de sus novelas—e *Histoire comique*, son ciertamente conmovedoras.

Como nuestro Galdós, se lanzó a la lucha política cuando se hallaba en la plenitud de su fama, es decir, cuando nada tenía que ganar y mucho que perder en las destempladas disputas de la Agora. Hay cierto quijotismo, cierta noble pasión ciudadana en la resolución con que estos hombres, tímidos y retraídos, algo desengañados de la humanidad (France por añadidura, escéptico), amantes de la soledad o de la sociedad discreta y escogida de los sabios, bajan a la plaza pública a mezclarse en el vocerío popular. Llevaba France a Galdós la ventaja de ser orador, aunque no tan

excelente como escritor. En realidad, sus volúmenes de *Histoire contemporaine* y *La isla de los pingüinos* fueron sus mejores discursos políticos, antes que los hablados en la fiesta inaugural de la Emancipación (1889), en honor a Diderot, en la tumba de Zola (1902), ante la estatua de Renán (1903) y en otras semejantes ocasiones.

Anatole France no podía, con todo, ser un gran político. «No conviene que un poeta sea demasiado inteligente, en nuestra época», ha escrito Lanson, y mejor que del poeta podría decirse del político. La delicadeza analítica, un sentido crítico muy penetrante, una comprensión muy amplia e imparcial de las cosas y de los hombres, suelen paralizar o detener los brotes enérgicos de la acción. Un político zafio e inculto suele ser una calamidad; pero una cultura media y un entendimiento claro y equilibrado bastan para el oficio de conductor de pueblos. El exceso de pensamiento puede ser hasta un inconveniente.

Aunque apasionado de los libros, France no es un idólatra de ellos. Siente, a veces, como un tedio, como una melancolía de la cultura refinada. «Los libros son el opio de Occidente—dice—. ... Nadie se escapa hacia el ensueño sin sacrificar las sanas energías de la acción». «Creedme a mí que los adoré, a mí que me entregué

a ellos por mucho tiempo sin reserva: los libros nos matan». Mas estas lamentaciones eran como las quejas del enamorado contra el amor, al cual ha de volver un minuto después, porque es su vida.

Pensador, estilista, poeta en el más alto sentido de la palabra, quizá lo más poético de la obra de France no está en sus versos de juventud, ni en la poesía filosófica de *El Jardín de Epicuro*, sino en las páginas íntimas de *Le livre de mon ami* y *Pierre Nozière*, que son respecto de él lo que *Las confesiones*, de Rousseau, y las *Memorias de ultratumba* para Chateaubriand, como dice Roger Le Brun. Nadie como este escéptico. Ulises que en sus navegaciones por el mar de las ideas ha oído cantar a tantas sirenas y ha burlado a tantos monstruos, supo expresar la poesía íntima del hogar con un sencillito rasgo, en la escena en que el padre, velando junto a la alcoba donde duermen la madre y los pequeños, escucha *les souffles égaux et doux, dans les quels je ne saurais distinguer moi même celui de la mère et ceux des enfants* (las respiraciones iguales y dulces en las que yo mismo no sabría distinguir la de la madre y las de los niños).

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(El Sol, Madrid).

El secreto de Anatole France

FRANCIA celebra en estos momentos, con piadosa emoción, el jubileo de Anatole France. Todas las flores de la retórica oficial, de la retórica académica, de la retórica periodística, llueven gravemente sobre la cabeza blanca del glorioso octogenario. Y el único que, en medio del homenaje, se atreve a sonreír con algo de ironía es el maestro mismo, que murmura «Es demasiado», con un gesto de asombro pueril, que hace pensar en la Pisanela cuando la lluvia de pétalos que ha de ahogarla comienza a caer sobre su cuerpo. En realidad, lo que más debe divertirle no es que las corolas sean tan abundantes, sino que sean tan uniformes. Desde los ministros hasta los *reporters*, todos buscan en esta circunstancia rosas que sean símbolos de claridad cristalina, de orden armonioso, de pureza marmórea, de sencillez helénica, de gracia natural, espontánea, cándida, fácil, simple.

La prosa del sublime prosista resulta, a través de las definiciones que de ellas hacen sus admiradores, un manantial claro que surge sin esfuerzo

de las profundidades geniales de la raza. El elogio es muy antiguo. Y muy falso. Tan falso y tan antiguo, que ya en el *Jardín de Epicuro* encontramos las líneas siguientes, que protestan contra ese error: «Diré, pues, que no hay estilo sencillito; lo que hay son estilos que parecen sencillos y que conservan largo tiempo un aire juvenil. Lo único que nos queda por buscar es la causa de esa apariencia feliz. Y pensaremos, naturalmente, que la deben, no a menos riquezas de elementos diversos, sino a que esos elementos están mejor fundidos y forman un todo en el que las partes no se distinguen. Un buen estilo, en suma, es cual el rayo de luz que entra en mi habitación en este momento y que debe su claridad pura a la mezcla íntima de los siete colores que lo componen. El estilo sencillito es la luz blanca. Es complejo y parece simple. La sencillez bella del lenguaje no es sino una apariencia». ¿Hay en estas declaraciones una especie de coquetería de ser impecable que no quiere parecerlo...? Muchos, ante la transpa-